

Encrucijadas del Psicoanalista en la polis: ventajas y desventajas del Psicoanálisis.

Las nuevas tecnologías y el Psicoanálisis. Autor: Florencia Vera.

Una encrucijada implica su atravesamiento, es un momento de decisión que invita a tomar un lugar. En la encrucijada del psicoanalista subrayo “del”. Como aquello que le concierne.

La cita se le anuncia al psicoanalista. No decimos “La encrucijada del psicoanálisis”, como aquella entidad que imaginariamente nos aúna. Es el psicoanalista en relación a su polis.

Podríamos acentuar: En relación a su política.

Ese lugar que toca al ser del analista, ya que ha de situarse en su carencia. Y ¿Qué es aquello que posibilita tal acto?

La brújula nos lleva a un camino posible: El psicoanalista despejando su deseo de analista escucha a un sujeto. Pero no es cualquier sujeto, sino al sujeto de deseo. Aquel que se ha quedado sometido al deseo del Otro, a su demanda o a su goce.

La posición ética del analista es revelada cuando dirige la cura. La ética es del deseo. Constituido por una falta estructural que lo habita y habilita a tener sus propios objetos a.

Es con esta falta que nos encontramos en la dirección de la cura: obstruida, tamizada, concluida. Pero desde allí partimos apuntando a la aparición del sujeto.

Entonces en esta encrucijada, donde nuestros zapatos se detienen frente a ese real de la cruz. La política del psicoanalista nos enuncia: La ética del deseo no se comercializa en el mercado.

Este libre mercado que nos habla en nombre de la época. Una época que dispone de diferentes objetos de consumo, creando la ilusión que cada uno de ellos puede colmar ese agujero necesario que promueve la existencia.

Remarco *ilusión* como aquello que Freud en 1927, en otra época, formulaba como la creencia que se basa en los deseos humanos.

¿Y si escuchamos la época como aquella demanda de un sujeto, donde estos objetos comprables vienen a remediar lo insoportable de la falta estructural?

Una historia: Es la de una mujer que se encuentra en un mundo habitado por el funcionamiento de ciertos dispositivos tecnológicos que hacen consistir que la falta no falte. Lo que se ausenta, pide su reembolso. Estamos en un mundo donde la tecnología avanza y nos hace creer imaginariamente que este hecho es posible. Pero insistentemente algo falla.

Esta mujer pierde a su marido sorpresivamente en un accidente. Pero en el mercado hay una suerte de “solución” ante esta pérdida. Se trata de un programa en donde toda información de quien muere es enviada a este almacenador (videos íntimos, posteos de facebook, su teléfono celular, fotos) con el fin de rearmar identitariamente a quien muere: sus letras, sus modismos, su voz, su mirada, sus gestos... y hasta su cuerpo.

Entonces la historia comienza a enhebrarse donde esta mujer, luego de la muerte de su esposo, decide comprar este programa, que dispone de diferentes niveles. Primero comienza a hablar telefónicamente con él: Ella le dice “¿Eres tú?” Y el responde: “No, el difunto”.

Esta aplicación escanea correctamente el tono de voz, hasta el sentido de humor de este hombre. Ella se encierra en su casa, tomada por la voz viva pero perdida de su marido. Todo iba bien en este mundo virtual, donde la voz soportaba está perdida, hasta que él le sugiere (él es este programa configurado) otra manera de mejorar las condiciones: Que aparezca su cuerpo. Ella acepta con cierta tensión en el suyo, donde se encuentra con la compra realizada: Una caja con partes fragmentadas, pedazos de carne calcadas del cuerpo real del difunto. Mira estas partes buscando su réplica y comienza a armar acompañada telefónicamente por la voz de él.

Mientras ella espera, sin mirar, en otro lado de la casa. Este cuerpo se unifica y aparece él, el de la voz, con todos los rasgos idénticos de su marido muerto. En este instante algo comienza a desvanecerse. Ese cuerpo hace de obstáculo. ¿Qué cuerpo? Más allá de la copia de su voz, sus movimientos, sus chistes, sus rasgos faciales, hasta el lunar que lleva en el cuello. Algo no alcanza.

Él le dice: “¿Hacemos de comer?”

Ella responde: “¿Es que comes?”. “No”. “Pero, puedo masticar y tragar si es que quieres”.

Otra escena: Están por tener sexo. Ella toma su mano y se la trae en su pecho. Parece que él no lo percibe, no lo siente. Se sorprende y él le dice: “No hay registro de mi respuesta sexual”. Solo el pene le funciona. Se desencadena un acto sexual. Pero ella comienza a molestarse, a enloquecerse. Él no necesita dormir, ni respirar, ni vivir. Una de sus noches atravesada por la desolación y el desconcierto, grita: “Si no necesitas dormir por lo menos finge que lo haces”.

Todo comienza a derrumbarse ante la inminencia de ese cuerpo muerto. Un cuerpo que no goza, no come, no mira, no escucha, toca sin tocar. Hasta no le es necesario descansar de la vida. Esa pausa que habilita otro despertar.

La escena se detiene, donde ella con su cuerpo comienza a sentir la pérdida. Y este sistema rigurosamente configurado, no tiene respuesta. Inexorablemente esa ilusión cae, se rompe con ello la cobertura necesaria que permite el despliegue de una escena.

No puede gozar de este cuerpo y por lo tanto sentir el suyo porque este autómatas hecho a imagen y semejanza no está atravesado por el significante. El mundo donde se desarrolla esta historia habilita una ilusión de un “no cuerpo”, ofreciendo una suerte de solución ante la muerte. Pero retiene en el mercado el “abanico de goces” necesario para que un cuerpo exista y de esta existencia haga posible el “sentir”, sentir un cuerpo.

¿Cómo el enunciado “Lo epocal”, “La época” atraviesa nuestra escucha? La “del” psicoanalista. Apuntemos a su enunciación...

Una escena va cambiando de escenario, de vestimentas, tendiendo a atrapar al sujeto para que se apropie de sus ropajes. Para que la escena funcione es necesario el vestido. Un vestido que anuncia de qué estamos hechos: de su necesaria incorporación para que ella sea posible.

Los colores de ese vestido, su textura, su olor pueden modificarse y con ello aquello que se cuenta. Los personajes de una escena actúan en el correr del tiempo: a una dama que no puede mover sus piernas o sus brazos paralizados o a una mujer que saliendo a su trabajo siente que no puede respirar, una tensión aprieta su brazo izquierdo acompañado de un sentir “pánico”. O también interrumplarla, donde el telón baja definitivamente.

Pero el sujeto para existir es en la escena. La escena no cambia. Hay diferentes variantes estacionales, otros escenarios que acompañan su transcurrir y su anuncio: El rechazo, la represión o la renegación de la castración del Otro. Pero se trata de esta falta. Más allá de las encrucijadas en que se encuentre nuestro sujeto en relación a su deseo. Aquello que no se modifica es su ética.

Si pensamos una clínica de la época ¿No corremos el riesgo de quedar arrasados por sus ropajes, obturando que la escena prosiga? ¿Tendríamos que incluir como uno de los conceptos fundamentales a la época?

Citaré al poeta, en este caso a Sigmund Freud:

“Ahí están los elementos que parecen burlarse de todo yugo humano: La tierra, que tiembla y desgarrar, abismando a todo humano y a toda obra del hombre; el agua, que embravecida lo anega y lo ahoga todo; el tifón, que barre cuanto halla a su paso; las enfermedades, que no hace mucho hemos discernido como los ataques de otros seres vivos; por último el doloroso enigma de la muerte, para la cual hasta ahora no se ha hallado ningún bálsamo. Con estas violencias la naturaleza se alza contra nosotros, grandiosa, cruel, despiadada, así nos pone de nuevo ante los ojos nuestra endeblez, desvalimiento, de lo que nos creíamos salvados por el trabajo de la cultura”

Texto presentado en las Jornadas de la CERAU 2017, Provincia de Tucumán